

LOS ALTÍSIMOS (1951) (FRAGMENTOS)

Hugo Correa

I

Abro los ojos. Estoy recostado en una cama, de espaldas, tapado hasta el pecho. Voy distinguiendo cosas: paredes de un color verde oscuro, limpias y relucientes. A la izquierda, próxima al rincón, una puerta con una ventanilla. Detrás de la ventanilla, la noche.

La luz viene de la derecha, de una lámpara con una ampolleta esmerilada. Sin saber por qué su descubrimiento me produce alivio. Algo hay de poco común en el resto de la pieza. Ni el más leve rumor altera el aire.

Una persona se aproxima al lecho por la izquierda. Es un hombre joven, de unos treinta años, que viste uniforme blanco, cerrado hasta el cuello. Alto, delgado, con ojos de penetrante mirar. Lleva la cabeza descubierta, y su pelo negro contrasta con la blancura de su piel. Sus facciones son correctas, de rasgos definidos, e irradian una calma desconcertante.

—¿Cómo se siente? —la pregunta, en tono seco, apenas interrumpe el silencio.

—Pues..., no lo sé —respondo, con voz casi inaudible—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

El hombre arrastra una silla, hasta ahora oculta de mi vista por el velador.

—En una clínica. Ha tenido una intoxicación alcohólica, bastante grave. Whisky falsificado —replica presto. Habla con un leve acento extranjero, tan leve, que bien podría deberse a la dureza de su pronunciación—. Estuvo muy mal, pero ya pasó el peligro. Sin embargo, no puede recibir visitas ni comunicarse con otras personas, mientras el médico no lo permita.

—¿No es usted el médico?

—No —seco, cada vez más seco—. Pero estoy autorizado para estar en contacto con usted y atender sus necesidades más inmediatas.

Se me antoja que el diálogo se ha suscitado entre el desconocido y otra persona ajena a mí. ¿Quién soy yo? Hernán Varela me llamo, sin duda. ¿Por qué he venido a parar a esta clínica? Simplemente porque he bebido un licor adulterado. Intoxicación, sí, intoxicación alcohólica...

Deseo incorporarme. Hace un gesto negativo el otro. Descubro que el mínimo esfuerzo desplegado me produce malestar. Como si de insistir en la tentativa pudiera deshacerme.

—Aún está débil —dice el hombre—. Los efectos de la intoxicación son largos. ¡Es preciso tener paciencia!

Sonrío con debilidad.

—¿Cómo se llama usted?

—L —replica, secamente—. Llámeme así, L.

—¿Desde cuándo estoy aquí?

—Desde anoche.

—¿Es miércoles hoy, entonces?

—Sí, miércoles —me informa, sin vacilar.

Miro el techo, y me quedo, la mirada fija en él, sin hablar. Intento concentrarme en mis recuerdos. Todos muy lejanos. Miércoles. El rostro de una mujer adquiere forma en mi mente. Luego su cuerpo. Después, escenas de baile en restaurantes y *boîtes*. Yo era el que bailaba, evidentemente. ¿Y después? Existe un viaje en auto de por medio. Más adelante, una intoxicación. Nada más. ¡Ah! La mujer se llamaba Raquel.

Se tornan borrosos mis pensamientos. Un mareo o un vahído, pero sin que sea ninguna de las dos cosas. Como si me hubiese separado en dos. Enmudezco mientras me parece flotar sobre la cama, apartado de todo. L nada dice. Mantengo los ojos entrece-
rrados, sin saber qué hacer ni qué decir. Sé que nadie podrá ayudarme.

Una vez más, el silencio. Ignoro si aquella impresión pasará, o si, por el contrario, el yo desintegrado continuará escapando de a poco. Luego comienzo a sentirme envuelto en el silencio. Voy flotando, flotando en un mundo blanquecino, lleno de aristas que me van mutilando. Aristas suaves, cuyas escisiones no me producen dolor. Y el silencio pesa cada vez más. Se ha materializado en una cosa informe, sin conciencia ni misericordia, que permanece agazapado. Me hundo en esas regiones sin ruidos, como un barco rodeado por una espesa niebla, navegando en un mar inmóvil. Y entonces... Una campanada o algo como una campanada, que parece brotar de todas partes, de todo cuanto me rodea, interrumpe la quietud. Es un son fantástico, ni muy penetrante ni muy opaco, el cual no proviene de una fuente determinada, sino de millones de focos pequeñísimos que resuenan al unísono. Forman un único sonido, amplio, vibrante, que todo lo penetra. Como una laguna quieta en la cual ha caído una piedra. La campanada provoca miles de ondas concéntricas que se alejan del foco, yendo a morir en las riberas del infinito una tras otra.

Rápido, abro los ojos. Con un rumor de hojitas secas, mis yoes se reintegran en lo poco que resta de Hernán Varela. Allí está L, observándome.

—¿Qué... , qué fue eso?

—¿El qué? —me mira con curiosidad.

Quedo escuchando: nada se oye, como al principio.

—Pues... , me ha despertado un campanazo. Un ruido raro, que parecía venir no sé de dónde. ¡Estoy seguro que lo oí!

Una expresión de duda aparece en su ceño.

—¡No he oído nada! Es probable que lo haya soñado.

—Pero fue precisamente ese ruido el que me despertó. Juraría que no fue un sueño.

Su voz se endurece:

—A veces, como consecuencia de las intoxicaciones, se producen fenómenos psicológicos. Nos parece oír ruidos, conversaciones y hasta gritos. ¡Algo así le ha sucedido!

–¿Qué fue de ella?

Basta eso para que entienda.

–Está perfectamente. No hubo necesidad de hospitalizarla.

Se me producían chispazos de lucidez:

–¿Cómo llegaron ustedes al departamento?

–Fernando Mendes llamó para allá, y usted, que se sentía muy mal, le pidió ayuda.

El silencio, siempre al acecho, se acentúa. No es un silencio ominoso ni inquietante.

Es, simplemente, una ausencia de ruidos. Algo que parece natural, como si fuese una calidad intrínseca del lugar.

–¿Tiene hambre?

Asiento con desgano. Toca un timbre y aguarda unos instantes. En seguida se dirige al rincón de la izquierda. Se ha abierto una ventanilla en el muro. Le oigo conversar en voz baja con otra persona. Me es imposible oír qué dicen. Se queda allí, esperando algo.

–Estoy preocupado por Fernando Mendes –mi comentario resulta falto de entusiasmo–. Usted debe saber que soy su representante para Chile. Además, es mi mejor amigo.

Vuelve con una bandeja, en la cual hay un plato de ensalada surtida con un filete. Se me abre el apetito. Ayudado por L me siento en la cama, experimentando, al hacerlo, un pequeño mareo. Tengo la fugaz impresión de estar al borde de un abismo, lo cual me provoca vértigo. Cierro los ojos y la sensación pasa.

L se queda mirándome comer por un rato.

–Ha dicho usted que Mendes es su mejor amigo. ¿Por qué piensa que es así?

La pregunta suena rara. Dejo de comer, y, a mi vez, lo miro. Sereno, sostiene mi mirada.

–Bueno..., Fernando Mendes ha hecho mucho por mí.

¿Le contaría todo? A pesar de su frialdad aparente, inspira confianza. Los días que precedieron al accidente fueron de una actividad enervante. Viví en un mundo casi irreal. Y, ahora, aquella clínica... Indudablemente, el poder sincerarme con alguien, por desconocido que fuese, me probaría bien. Hasta ese instante, a nadie le había hecho confidencias de mi espectacular cambio de fortuna.

–¿Qué hizo Mendes por usted? –L es muy diplomático. ¡Ni que hubiese esperado el término de mis conjeturas!

He concluido la colación. Recoge L la bandeja y va a la ventanilla. Cuando regresa noto que, más allá de él, en el muro, el ventanuco ha desaparecido. ¡No se divisan ni rastros de él! En cualquiera otra ocasión habría sentido curiosidad por averiguar las causas de una desaparición tan completa. La oscuridad del rincón, donde la luz de la lámpara apenas alcanza, no permite ver mayores detalles.

–¡Ah! Me olvidaba... –me recuesto, hundiendo la cabeza en la almohada–. Sí: Mendes me ayudó a surgir. Antes de conocerle, yo era un simple empleadillo en Acomsa. Le caí en gracia, pues me encontraba parecido a un amigo suyo, un muchacho francés de apellido Lemaire...

Hacia solo diez días que Fernando Mendes me abordara en la calle. Volví a ver su rostro barbudo y a oír su voz franca:

—Perdone que me presente así, sin mayores etiquetas. ¡Resulta que usted es igual a un gran amigo mío!

Sostuvimos un corto diálogo. De inmediato tuve la impresión de haber visto antes al brasileño. Pero su reciente llegada a Chile, país que visitaba por primera vez, me sacó de mi error. Deduje, por lo tanto, que Mendes se parecía de manera notable a algún conocido mío. Aún en sus gestos y en su modo de ser se advertía dicha semejanza.

A los tres días de conocerlo, Mendes me ofrecía la representación de sus intereses en Chile. Cruzaba yo por una etapa de decaimiento moral agudo, cuyo punto crítico se produjo por esos mismos días. Me parecieron entonces naturales las razones por él expuestas para darme esa responsabilidad. Hallar a una persona casi idéntica a un viejo amigo no era un mal motivo para que el brasileño, hombre de pocas relaciones en Chile, experimentara una inmediata simpatía por mí.

Me lancé impetuoso a la nueva vida. Con el ímpetu del nuevo rico. Entonces inicié mis salidas con Raquel, mi secretaria en Acomsa.

Hasta esa parte recordaba con precisión. Después, las imágenes se tornaban borrosas.

—Es un buen motivo para que él lo haya elegido como su hombre de confianza. ¡Una razón sentimental bastante decisiva!

Notable me parece la rapidez con que L traduce sus ideas. Su lenguaje es fluido, sin vacilaciones. Larga sus frases como quien repite un guión.

—Yo, en su caso, me habría puesto instintivamente en guardia por lo del hipotético “parecido con un amigo suyo...” —su voz, impassible como siempre, encierra una pequeña ironía. Creí notarla, al menos.

—¿Por qué habría de ser “hipotético”?

—Porque no me constaba que existiera tal semejanza ni menos tal amigo.

—¿Es que usted no se pone en mi caso! No sé cómo explicarle...

—¿Entiendo perfectamente qué me quiere decir! —me interrumpo con brusquedad—. Uno, como simple observador de un hecho externo, lo juzga desde un plano subjetivo. ¡Yo lo habría hecho de tal modo o del otro! Pero, inconscientemente, uno se encuentra en una posición falsa, ya que, con toda probabilidad, jamás pudo llegar a ser el protagonista de tal hecho. Como la mujer que dice muy convencida: “¡Nunca me casaría con el Aga Khan...!”.

Es convincente L. Por primera vez me llega la advertencia de estar viviendo una situación extraña.

—¿Cómo se llama esta clínica?

Si el brusco giro dado a nuestro diálogo le produce el efecto de un balde de agua fría, queda de manifiesto su perfecta impermeabilidad. ¡Ni una arruga asoma a su rostro!

—Clínica Polaca. La verdad de las cosas es que es nueva. Fernando Mendes la conocía, y por eso lo envió para acá.

Podría ser, pienso. La reflexión queda bailando en mi cabeza. Clínica Polaca... Conocida por Fernando Mendes.

–En un caso semejante al suyo habría encontrado sospechosas las intenciones del señor Mendes –comenta L, siempre serio–. ¿Qué sabía de él, del origen de su fortuna, de sus relaciones en otros países, de su pasado? ¿Quién era yo para que, de la noche a la mañana, me pusiera sobre muchos hombres de vasta experiencia, a dirigir una empresa fabulosa...?

¿No era un simple empleado de Acomsa, uno de los menos importantes, sin conocimientos especiales en el comercio? ¿Quién era Fernando Mendes? ¿Fue mi semejanza con alguien la que lo impulsó a buscar mi amistad? ¿Existían otras razones de por medio...?

–¡No lo sé...! –digo, cansado–. ¡No sé nada!

L, luego de dar el impulso inicial a las interrogantes y lanzarlas en mi conciencia, seguía su trayectoria.

–¿Quién es usted, L?

–Ayudante del doctor D.

–¿Quién es Fernando Mendes? ¿Lo conoce usted?

–Sí, algo. Es un hombre muy inteligente, que se metió en un gran lío por culpa de su ambición.

–¿Qué intenciones tenía conmigo?

–Utilizarlo para una habilidosa maquinación, con la cual despistó en forma casi definitiva a sus enemigos. En lo que respecta a su seguridad personal, puede prescindirse del “casi”. Pero no respecto a lo que dio a sus adversarios. ¡En resumen, consiguió plenamente lo que quería!

Bruscamente me posee el sueño. Apenas oigo las últimas palabras de L. Dándose cuenta de la situación, deja de hablar. Devuelve la silla a su sitio y apaga la luz. La habitación no queda a oscuras. Una luminosidad tenue, que parece emanar del techo, permite vislumbrar los objetos. Entreveo la figura de L cuando se retira.

De nuevo tengo cierta conciencia de estar flotando, movido por una brisa. Me rodea la noche, y detrás de un velo espectral, las estrellas (¿serán estrellas?) me contemplan. A veces parecen transformarse en ojos que hacen guiños sombríos. Otras, se reducen a puntos microscópicos, paulatinamente, como si empezaran a alejarse de mí. Aumenta su velocidad. Yo, inmovilizado, me siento invadido por la soledad.

Pero regresan las estrellas. Se aproximan, y antes de definirse en estrellas u ojos, el velo las diluye. Mi soledad se acentúa. Sigo navegando en la noche, tranquilo, sintiendo, sin embargo, el secreto temor que aquello no podrá durar eternamente. Es como estar tendido en el agua, arrastrado muellemente por el flujo, presintiendo que, en cualquier instante, la corriente nos puede impulsar hacia una catarata. No es sino el presentimiento de algo que puede acontecer en el próximo segundo, en el minuto próximo, en las horas próximas. Quizá nunca.

La atmósfera se hace más y más enervante. Siento las ideas agazapadas, tratando de eludirme: están al acecho, ocultas a medias, materializadas en cuerpecitos informes que cuchichean...

La noche se cierra y me rodea.

II

Un diálogo en idioma extranjero. Dos personas conversan en voz baja, al lado de mi cama. Una es L. La otra, un viejo de mirada dura, ganchuda la nariz y labios crueles. Sus ojos verdes son la frialdad misma. Es alto, flaco: su presencia me inspira una inmediata antipatía.

Me he recuperado bastante, aunque sigo poseído por una gran abulia.

—Este es el doctor D —me explica L—. No habla castellano.

Dice algo en su curioso idioma el viejo —en polaco, de seguro—, observándonos alternativamente.

—Opina el doctor que usted está fuera de peligro. No obstante, estima que deberá guardar cama por varios días más.

Pregunto, entonces, si puedo hablar con alguno de mis conocidos.

—El doctor considera que usted no debe conversar con nadie todavía. Debe tener un poco de paciencia.

Un poco de paciencia. Por lo visto, he nacido para acostumbrarme a tener paciencia. Siempre, desde mi niñez, oí aquel consejo: es preciso tener paciencia. El instinto me dice que, de ahora en adelante, podré tenerla. Algo ha terminado para mí. ¿Qué? ¿Por qué?

Contemplo a mis interlocutores. Me parecen tan lejanos y tan extraños a cualquier cosa que, de repente, se me ocurre estar en el otro mundo. ¿Me habré salvado realmente de la famosa intoxicación? ¿Qué significa esta Clínica Polaca, silenciosa como la nada y con esas paredes plásticas? ¿Pertenece todo esto al mundo de los vivos?

Recuerdo a mi madre, y su imagen me hace experimentar una pequeña reacción. Pregunto por ella.

—Está muy bien —contesta L—. Hemos preferido no contarle nada de su accidente, para no ponerla nerviosa.

Me mira el viejo, perforándome con sus ojos. Dice un par de palabras a L, y, sin despedirse, se retira. No oigo el ruido de sus pasos: el piso debe ser de goma.

La imagen de mi madre se repliega en la oscuridad, pero permanece alerta en el fondo de mi cerebro, como una figura sin contornos.

L acerca la silla y se instala a mi lado.

—De modo que Fernando Mendes... —empiezo—. Cuénteme más sobre él.

Como de costumbre, L fue al grano de inmediato. Nada de circunloquios previos.

—Era un tipo demasiado brillante que, como todos los de su especie, se ofuscó en su propio brillo y perdió el sentido de las proporciones. Descubierta a tiempo, planeó su fuga y desapareció. Alcanzó a llevarse algunos cientos de millones.

—¿De Brasil?

—No, de Polonia. No era brasileño —L no es persona que gesticule al hablar. Quizá sea su falta de mímica la causa de su extraño aspecto—. Pero vivió en Brasil, donde se fabricó la personalidad de Fernando Mendes. Después partió para Chile. Su verdadero nombre polaco es X.

X, ¿nombre polaco? L, D, ¿polacos también? Algún nombre polaco conocía yo, pero no era ninguno de aquellos.

–¿Dónde estamos, L?

–En Polonia.

Así, con naturalidad. También mi pregunta fue hecha en el mismo tono. Me quedo tranquilo, escuchando el silencio reflejado por las paredes. La réplica de L permanece flotando; penetra una y otra vez en mi cerebro, se pasea por sus vericuetos y va, por último, a materializarse junto a la figura de mi madre.

En Polonia. ¿Qué sé yo de Polonia? La conocía de nombre. Asimismo, sé que está muy lejos de Chile: que se halla en Europa. Y pare de contar.

–Cuando se descubrió la fuga de X, nuestras autoridades enviaron agentes en su persecución. Trabajaba en un laboratorio y necesitábamos averiguar si, además del dinero, se había llevado algún importante secreto.

Por razones que “más adelante me explicaría”, existía un plazo máximo de tres meses para atraparlo. Pasado dicho lapso, la captura se tornaba imposible. Todo cuanto necesitaba X era despistar a sus perseguidores por noventa días: y se salvaba. Cuando los polacos empezaban a perder las esperanzas de hallarlo, recibieron una información desde Chile.

–Nuestros hombres localizaron a dos personas de conducta sospechosa. Faltaban solo siete días para cumplirse el plazo. Sin atreverse a proceder por miedo a equivocarse, enviaron una fotografía que, disimuladamente, tomaron a uno de los sospechosos. ¡Esta es!

Me alargó un rectángulo de plástico. ¡Allí estaba yo, en colores!

–En cuanto llegó a nuestras manos, yo mismo, luego de introducir algunas modificaciones en una foto de X, obtuve el siguiente resultado.

–También soy yo –balbuceo, examinando la nueva foto.

Éramos iguales, aunque el otro aparentaba más edad que yo. Debería tener unos treinta años.

–Y aquí tiene usted al verdadero X.

El hombre de la nueva reproducción en nada se parecía a mí. Muy rubio, su piel blanca contrastaba con la mía, que es ligeramente morena.

–¡No entiendo nada...!

–Muy sencillo: X nos hizo creer que se había disfrazado de usted, Hernán Varela. Es decir, eligió una persona en apariencia distinta a él, pero que podía ser él disfrazado. A su vez, X modificó su aspecto en forma muy burda: se dejó barba, se tiñó el pelo, y usó anteojos ahumados.

–¡Es..., lo más fantástico que he oído! Pero, ¿qué otras razones tuvieron ustedes para creer que yo era X? ¿A sus agentes no se les ocurrió informarse sobre mi pasado, sobre mis actividades?

Se impacienta L.

–¡No somos tan ingenuos! Nos enteramos que usted, de ser un desconocido, pasó de la noche a la mañana a convertirse en el representante de un magnate brasileño. Y aquel millonario, que necesariamente debía ser X, se hace humo de repente. ¿Era sutílizar demasiado el suponer que Mendes, luego de esconder al anónimo señor Varela, se

hubiese hecho pasar por él, representando la farsa de haber nombrado a un apoderado de sus intereses?

Hundida la cabeza en la almohada, observo el cielo levemente luminoso. Columbro que el error de los polacos es más trascendental de lo insinuado por L hasta ese momento.

Pero un enigma se aclara. Aquella sensación que me produjera Mendes de haberlo visto antes, en alguna parte. ¿Y cómo no? Le había visto mil veces en el espejo al afeitarme. Cuán elemental todo: Mendes se parecía a mí. ¡Daba risa! Me abordó con el pretexto de encontrarme idéntico a uno de sus mejores amigos: él mismo.

—¡Y llegamos al momento de la captura! —prosigue L, los ojos brillantes—. Hernán Varela decide llevarse una mujer a su departamento. ¡Y allí lo atrapan nuestros agentes! Se le mete en un auto, se le conduce a un aeródromo particular, y Hernán Varela, X para nosotros, llega a Polonia. Simple, ¿no es cierto?

¡De una simplicidad infantil! Imagino a Mendes o X, muerto de la risa al ver cómo sus ingeniosos perseguidores, engañados por su aún más ingeniosa treta, partían con el imbécil de Varela a cuestras, de regreso a casita. ¿Y después? El desenlace fluye nítido, aun para mi atontado magín: se ha cumplido el plazo fatal, los agentes vuelven con su prisionero, y Mendes, ahora Hernán Varela en definitiva, se hace cargo de sus negocios como absoluto representante de sí mismo. ¡El único idiota de toda esta historia soy yo!

—Y como usted le presentó a su familia, él, consumado actor, estará en condiciones de suplantarle con facilidad.

Olvidaba aquella parte. Yo le había presentado a mi madre y a mi hermana. Comprendía ahora el por qué del gran afecto que le despertara mi gente. Su deseo de invitarlos a almorzar, de atenderlos, para así poder sonsacarles innumerables “datos” respecto a mi modo de ser, mis gustos, mis aficiones, etc., con el sencillo recurso de plantearle a mi madre cualquier tema relativo a mi persona.

—¿Qué hora es? —inquiero, con debilidad.

Descubre su reloj cromado, con un amplio gesto.

—Las tres y treinta y siete minutos de la tarde.

—¡Las tres de la tarde! —me enderezo y lanzo una mirada a las paredes—. L, ¿por qué no tiene ventanas la pieza?

—Nos hallamos a varios metros bajo tierra. A eso se debe, también, el silencio de la clínica.

—¿Y por qué me trajeron aquí?

Presentía la respuesta. La sensación de estar caminando en una cuerda floja me agudiza el instinto.

—Hace poco rato le dije que X trabajaba en un centro de experimentación. Estamos en la enfermería —hace una breve pausa, sin dejar de mirarme—. Y ahora usted es X.

Como para dar énfasis a su aseveración, se escucha el extraordinario campanazo, cuyas ondas todo lo traspasan. Hasta la última de mis células vibra con él. Una campana

o un gong, no sabría precisar cuál de los dos, que de súbito estallara en el fondo del mar. Un sonido sobrenatural, que revienta de pronto y permanece tremolando durante varios segundos, disolviéndose suavemente en la atmósfera, como un espectro. Proviene de todas partes, y, por un instante, creo que ha restallado dentro de mí. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

—¿Qué..., qué fue eso? —tartamudeo—. ¡No me va a decir que no lo ha oído esta vez!
La expresión de L se endurece.

—Es un reloj electrónico, de gran potencia, que señala la hora una vez al día con esa campanada.

—¿Por qué no me lo explicó antes?

—Porque necesitaba contarle que estábamos en un laboratorio de Polonia.

Un reloj electrónico de gran potencia. Si le dijera a L que, a mi juicio, no hay nada en el mundo capaz de producir ese ruido, por muy electrónico que sea, quedaría como ignorante. ¿Cuál es mi verdadera situación? Porque hay una cosa cierta: no soy el Hernán Varela de antes. Pero algo me estaba diciendo L cuando resonó la campanada.

—¿Qué significa eso que ahora soy X, L?

Suspira. Un temblorcillo en las aletas nasales. Eso es todo.

—¡Muy sencillo! Se ha producido una doble sustitución: X es hoy día Hernán Varela, y Hernán Varela es y tendrá que ser, por un tiempo al menos, X. ¿Entiende? —se nota una reprimida excitación en su voz. Además, creo percibir un cierto tono de amenaza—. Hemos cometido un error al traerlo para acá. ¡Pero ya es tarde para dar explicaciones! Por eso solicitamos su cooperación.

—¿Quiénes son ustedes, y por qué solicitan mi cooperación?

—El profesor D, el vigía Mh, y yo. Hemos dicho que X, como resultado de un accidente, ha sufrido un serio trastorno mental y que, por un tiempo, permanecerá en observación.

—¿Y cómo van a explicar el cambio de cara?

—No hay nada que explicar. La fotografía retocada fue vista por muchas personas, las cuales jurarían que usted es X disfrazado. Aun más: nuestros agentes creen haber capturado al verdadero X.

Solo ahora vengo a descubrir qué es lo desconcertante en L. En realidad es algo que falta en su persona: humanidad. Sí; eso es. Hay un no sé qué de inhumano en él. La precisión en el hablar; la facilidad casi mecánica con que expresa sus ideas; la continuidad en sus declaraciones, sin nunca repetir, cuando toma el hilo justamente en donde lo dejara durante la sesión anterior. Esas pausas suyas, las cuales me permiten meditar en sus palabras exactamente hasta el punto donde él estima que debo hacerlo, antes de proseguir con su voz parsimoniosa y seca, interrumpiendo mis pensamientos cuando hago un alto para reanudar su historia.

—¿Y el idioma? —murmuro, cansado—. ¿Cómo va a explicar mi olvido del polaco y el hablar otro en cambio?

—Lo podemos solucionar. Por suerte, poseemos un sistema que le permitirá aprender polaco en un tiempo breve.

—¿Y no teme que los traicione?

La sonrisa se hace ligeramente más definida.

—¿Traicionarnos? De ganar algo usted con una actitud así, temeríamos la eventualidad. ¡No es broma que un extranjero, sean cuales fueren las razones, se introduzca en un lugar donde se efectúan importantísimas investigaciones científicas!

En definitiva: yo, Hernán Varela, estoy obligado a pagar los delitos de otro. Y esto como la solución más favorable para mi “caso”.

—Oiga, L, ¿cuándo descubrieron que yo no era X?

—Solo cuando llegó aquí.

Lo miro fijamente. Sostiene la mirada.

—Mire, L, ¿usted cree que voy a tragarme eso de la intoxicación?

—Al principio, cuando recién recuperó el conocimiento, convenía que lo creyera así. Pero la verdad es que al whisky le echamos un poderoso narcótico.

Recuerdo a mi compañera de juerga.

—¿Y ella? También bebió bastante. ¿Dónde está?

—En Chile. Antes de partir con usted, nuestros hombres llamaron a la asistencia pública para que la fueran a buscar.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—En dos horas más se cumplirán siete días.

¡Siete días! ¡Había estado una semana sin conocimiento!

—Yo ayudaba a mi madre, L. Le daba parte de mi sueldo. ¿Qué va a ser de ella ahora?

—Puede estar seguro que X se preocupará de ella con mayor dedicación que la suya, probablemente. Para él es muy importante tener una madre.

El gran X. ¡Qué bien lo había preparado todo! No dejó nada al azar. Hubo una sola cosa que no le preocupó mucho: mi destino.

—¿Hasta cuándo tendré que estar aquí?

—Hasta la fecha en que podamos explicar de alguna manera satisfactoria la desaparición de X —clava la vista en la lamparilla—. En todo caso, si usted se acostumbra a esta vida y llega a gustarle, podría quedarse un tiempo indefinido.

“Seguro”, pienso.

—A la larga, alguno de los antiguos compañeros de X va a descubrir el cambio —insinúa, temblando de ira.

—¡Era hombre de pocos amigos! Así es que después de su fuga, las escasas amistades que se le conocían fueron enviadas lejos de aquí, por su posible complicidad en la preparación de la huida.

III

Al despertar, al cabo de un sueño tranquilo, descubro junto a mi cama una máquina cuadrada, montada sobre ruedas. Estoy examinándola, cuando entra L.

—Esta máquina le enseñará nuestro idioma en pocas horas.

Me alarga una especie de casco, unido al aparato mediante un cable.

—¿Qué debo hacer? —pregunto, nervioso.

–Simplemente colocarse el casco, que le cubrirá hasta los ojos. Una pantalla interior le provocará un estado hipnótico, el cual le facilitará el aprendizaje. La pantalla reproduce objetos e, incluso, ideas abstractas, que son explicadas por telepatía. O sea, la instrucción es tanto mental como visual. Al decir mental se involucran los conceptos, sonidos y voces, que le serán inyectados, por así decirlo, directamente a los centros idiomáticos de su cerebro.

Observo la máquina y siento un escalofrío.

Me coloco el casco y se enciende una luz frente a mis ojos. De inmediato tengo la curiosa sensación de que mi mente queda en blanco. Luego desfilan imágenes por la pantalla, oigo voces dentro de mi cerebro; todo en un estado de atontamiento que no me deja meditar en lo que ocurre. Por último, cuando advierto en ese período de semiinconsciencia que mi mente se niega seguir funcionando, el mecanismo se detiene. Me recuesto en la cama, abombada la cabeza y los ojos cansados. Duermo algunas horas y, al despertar, nada recuerdo de la experiencia. Pero comprendo que mi cabeza está atestada de cosas nuevas.

L se halla a mi diestra.

–¿Qué tal? –pregunta.

–Un poco cansado –replico.

–Su pronunciación es muy buena –observa.

Me doy cuenta de que el diálogo no se ha desarrollado en español. Me quedo confuso, sin saber qué decir ni qué pensar.

Proseguimos conversando en polaco. A veces noto serios vacíos. Inútilmente trato de encontrar la palabra adecuada. Y, al ocurrir los primeros tropiezos, descubro algo más: hasta ese instante no me he preocupado de traducir, las frases las he pensado y construido en la nueva lengua.

En quince horas, incluyendo los descansos, estoy en situación de hablar el polaco a la perfección.

Llega D. Me es imposible reprimir un profundo desagrado al sentir sus ojos clavados en mí.

–Parece que usted está muy bien –observa con voz metálica. Se vuelve a L–: Ya puede llevarlo a su refugio, para que respire buen aire –y me explica, con rapidez–: Por razones que pronto comprenderá, su vida tendrá que desenvolverse, por un tiempo al menos, en forma más o menos sigilosa.

–¿Todas estas precauciones se deben al régimen comunista?

–¿Comunista? –la expresión fiera del doctor da a entender claramente: “¿Qué es eso?”.

L, tose.

–Lo que pasa, profesor, es que él llama comunista al régimen soviético.

Lo mira D., y luego vuelve sus ojos hacia mí. Ríe, divertido al parecer.

–Qué gracioso. ¡Llamar “soviéquitos” a los comunistas!

–Al revés, profesor –explica L, con leve impaciencia–: él llama comunistas a los soviéticos... –y añade, haciéndome un gesto indefinible–: ¡Siempre el profesor ha dicho “soviéquito”! Le cuesta pronunciar esa palabra, como a todos los de Varsovia.

Sin poseer la sutileza de L, comprendo que allí hay algo raro. Estoy seguro de que el bueno de D sabe tanto de comunistas como yo de chino. Polonia está detrás de la “cortina” y el régimen imperante debe ser el comunista. ¿Por qué el profesor parece ignorarlo?

—Todos los sabios son distraídos —me dice L. No hay duda que el polaco adivina mis pensamientos—. Entonces, profesor, quedamos en que llevaré al nuevo X a mi refugio.

—¡Exactamente! Y que siga descansando. Una vez que se haya recuperado bien comenzará su instrucción.

Sin despedirse, no sé si por su carácter distraído o por otras causas, D desaparece.

Me alarga L una pastilla y un vaso de agua.

—Las vitaminas le han sentado muy bien —observa.

Lo miro sin replicar. Pienso que cualquiera reiría de ver mi expresión maliciosa. Pero ni un gesto contrae la cara de L.

Desperté en una habitación grande, frente a un amplio ventanal. Penetraba la luz del día y las imágenes de árboles y flores cabeceando bajo el viento. El tono de la luz revela un cielo anubarrado. Aumentan en intensidad las ráfagas, presagiando una noche tempestuosa.

La pieza me produce una sensación de bienestar. A pesar de ello, creo notar algo opresivo en el ambiente, atribuible quizá a mi aún precario estado de salud. ¿Cómo he venido a dar aquí? Seguro que me han dado otro narcótico con la última dosis de vitaminas y me han trasladado dormido a esta casa. Examino la habitación. Ni un leve reflejo delata los vidrios de las ventanas. Evidentemente, las paredes son de plástico, como los muros de mi pieza en la clínica. Sus colores, eso sí, son más alegres. El piso semeja un tablero de ajedrez, de escaques grises y negros. No se ven lámparas. Me hallo en una cama cubierta con una colcha verde.

A través de una puerta de corredera aparece L. Lleva pantalones ajustados a los tobillos y una camisa amplia, de color café. Se ve de buen humor.

—¿Qué me dice, X! ¿Cómo se siente?

—Muy bien. Mucho mejor que en la clínica, por cierto. ¡Esto es más alegre! ¿Dónde estamos?

—En mi refugio, en el campo —replica lacónico. Se sienta en una silla—. Mañana podrá levantarse y dar un paseo por los alrededores.

—¿A qué actividades debo dedicarme?

—Todo a su tiempo —esboza una sonrisa—. Primero, repóngase. Luego empezará el aprendizaje, que será un poco largo. Tiene que prepararse para vigía.

—¿Vigía?

—X era un vigía. Por lo tanto, usted, como su sucesor, también deberá serlo.

¡Vigía! La sensación de comodidad que experimentara al despertar, se desvanece. Se diría que, de improvviso, todo se ha puesto al acecho. La hierática expresión del polaco corta mis reflexiones.

—¿En qué consiste ese oficio? —pregunto, con vacilación.

–Tal como su nombre lo indica, los vigías están encargados de la vigilancia del campo experimental del que le hablé –mira hacia el jardín–. Pronto será de noche. ¿Desea comer?

Digo que sí con desgano. Me sirve la comida.

–¿Vive alguien más aquí?

–No, nadie más.

Una vez que he dado cuenta de la colación (mi apetito es escaso), L regresa, recoge la bandeja y desde la puerta agrega:

–En pocos minutos más va a oscurecer. La casa tiene un sistema especial de iluminación –indica el techo con un gesto–. El cielo se pone luminoso. La luz llega paralela y gradualmente con la oscuridad exterior. Mi dormitorio está cerca. Cualquier cosa que se le ofrezca, llámeme. No es necesario que grite.

Contemplo los árboles inquietos por el viento.

¿Qué había sido de aquel Hernán Varela que, a los veintiséis años de edad, se aprestaba a conquistar el mundo? Helo aquí, contemplando un atardecer polaco, preparándose para representar el papel de otro. Sí, señor: Hernán Varela, X ahora por obra y gracia de X, en la actualidad Hernán Varela por ingenuidad e inexperiencia de Hernán Varela, será un intrépido vigía. ¡Un centinela de la ciencia!

Afuera avanza la oscuridad. Adentro, la luminosidad del techo reemplaza en forma insensible el oscurecimiento externo. Tan insensiblemente que no lo noto. Solo porque el jardín desaparece de mi vista, comprendo que la luz ha cambiado de origen. El cielo derrama una luz suave, bastante intensa, la cual llena toda la habitación.

Entrecierro los ojos, soñoliento. La mejilla, apoyada en el extremo izquierdo de la almohada, me permite abarcar el piso hasta el ventanal, y percibir, a través de mis pesadas pestañas, sus más mínimos detalles.

Un objeto volador aterriza en silencio en el tablero. ¿Sueño? El aparato, en forma de disco, mide unos cincuenta centímetros de diámetro. Es de un material fosforescente que despide suaves destellos, como un fuego fatuo. De súbito se apaga, y la gigantesca lenteja se transforma en un cuerpo opaco, negruzco y sin vida.

Entonces, por debajo de aquel, emergen unos seres diminutos, que se levantan dos centímetros del suelo. Parecen insectos: caminan verticalmente, y a juzgar por sus gestos, cambian impresiones entre ellos. Han aterrizado en el planeta Dormitorio; forman un grupo de seis o siete, que otea el horizonte, inspeccionando el nuevo mundo. De sus cabecitas, grandes en relación con el tamaño de sus cuerpos, emergen dos antenas.

Podrían ser hombrecitos vestidos con trajes del espacio, de esos que utilizarán los viajeros interplanetarios. No se deciden a separarse del disco. ¿Qué peligros les acecha en este mundo simétrico, artificial en apariencia, en donde la tierra se encuentra revestida de una sustancia lustrosa, que forma grandes cuadrados, uno solo de los cuales es suficiente para contener su astronave? No es un planeta tranquilizador, por cierto. ¿Y aquella inmensa construcción que se divisa en lontananza, con una montaña encima, cubierta de verdor? ¿No semeja un coloso durmiendo?

Y los astronautas, luego de intercambiar nerviosos comentarios, desaparecen bajo el disco. De nuevo la máquina se torna luminosa, y, veloz, desaparece. Abro los ojos. ¡Ya no hay nada en el piso!

—¡L! —grito, con debilidad—. ¡L!

Me enderezo en la cama, restregándome los ojos. La puerta se abre.

—¿Qué pasa? —me interpela duramente.

—L —empiezo, nervioso—. ¡Estoy seguro de haber visto un aparatito circular, ahí, en el piso! ¡Bajaron unos insectos!

—¿Insectos? ¿Aparato circular? —lanza una fría mirada en torno—. ¿Seguro que no estaba soñando?

—¡No lo sé! —me entran dudas—. A lo mejor estaba dormitando. ¡Pero no tenía los ojos completamente cerrados! Estaba viendo el piso de “este” dormitorio, acostado en “esta” cama. ¿Entiende? No veía nada fantástico o fuera de lo común, excepto el disco.

Se encoge de hombros.

—¡Vaya! Eso es común. Son visiones que se producen cuando uno se está quedando dormido. ¡Por eso son tan reales! ¿No le ha ocurrido, a veces, soñar que tropieza con algún objeto y, con el sobresalto, despertar? Todas esas sensaciones tan reales, en las cuales coinciden hora, lugar y otros factores que contribuyen a darles realismo, son sueños que tenemos antes de dormirnos por completo.

Da unos pasos hasta llegar al sitio donde aterrizara el disco.

—¡Así debió ser! —comento, aún azorado—. Me parece estar viendo el disco en el mismo lugar donde está usted ahora.

Hace una mueca de escepticismo, al mismo tiempo que señala la habitación con una mirada circular.

—¿Por dónde iba a entrar?

Me siento ligeramente ridículo.

—Bueno... ¡Tiene que reconocer que me han pasado varias cosas extrañas ahora último!

Llueve torrencialmente. Ametralla la lluvia el ventanal con un repiqueteo fresco.

—¡No lo tome a mal! —me dice—. No es que me ría de usted. Pero me ha parecido muy original su visión.

La disculpa suena a falso. L, el impenetrable L, es un gran mentiroso. Ya he tenido antes la misma sensación. La primera vez, negé la existencia de la fantasmal campanada. Después, cuando se dio cuenta que yo la había oído, soltó la verdad. ¿Sucederá lo mismo con el disco? Bien pudo ser un sueño. Con toda seguridad lo fue. Desde que me encuentro en Polonia, todo se me antoja cosa de sueño, y, a veces, de pesadilla. Solo la lluvia parece real y tangible en el nuevo ambiente.

Se retira L. Me quedo despierto por varios minutos más. Llega el sueño con mucha lentitud. Antes de dormirme, creo oír la campanada tan nítidamente como en la clínica.

El sol penetra por la ventana, formando una franja luminosa que se extiende hasta los pies de mi cama. En el jardín, los árboles y las flores, todavía húmedos, se balancean suaves.

Salto de la cama y llego hasta el vidrio. Mis rodillas están débiles; mi paso es trémulo. Pero hay sol, y el paisaje es hermoso. Paseo la vista por valles con arroyuelos que aparecen y se ocultan con destellos metálicos, entre bosques y colinas. Al fondo se eleva una montaña, a cuyos pies se recuesta un lago azul, con frondosas selvas en sus riberas. A ambos lados se yerguen cerros, con sus laderas tapadas de vegetación brumosa.

La caballeriza se encuentra a unos cincuenta metros de la casa.

–Se ve poco poblado el lugar –observo, mientras L ensilla los caballos.

–Sí: estamos lejos de los centros habitados –imagino que sonrió al continuar–: Algunas prerrogativas tenemos los vigías. Por lo menos, un refugio en una parte tranquila y bonita.

Partimos a buen tranco, bajando por un sendero de tierra. A derecha e izquierda, arbustos y árboles mayores. La colina, en cuya cumbre se halla la casa de L, se eleva desde una pendiente casi vertical.

Mi caballo, un alazán de raza, marcha con agilidad. El negro de L, algo arisco, avanza cabeceando constantemente. Arribamos a la ribera de un arroyo, en el fondo del valle, que remata en el lago. Mariposas y pájaros revolotean, con gran despliegue de colores. El estero susurra reluciente detrás del follaje.

La lluvia de la noche anterior ha endurecido la tierra, evitando así la nube de polvo común a toda cabalgata. L, impertérrito, marcha a mi lado. El paisaje es hermoso. Los árboles, los insectos y las aves son reales. Y a pesar de estas pruebas, de tangible evidencia, hay algo fantástico en todo cuanto me rodea. La luz solar, el canto del agua que cabrillea entre la floresta, las hojas vibrantes por la brisa y el piar de los pájaros han contribuido a tranquilizar mis nervios, resentidos por la intoxicación, el ambiente de la clínica y las pesadillas que precedieron a mi despertar. Pero alguien acecha en cada detalle.

IV

Regresamos al mediodía, luego de una excursión que incluyó un paseo en canoa por el lago. L se ha encerrado en un gran mutismo: su conversación se limita a simples interjecciones. No parece de mal humor. Aunque difícil sería determinar los cambios de humor del polaco. Su disciplina psicológica le permite controlar a la perfección sus emociones.

Los caballos dormitan, uno al lado del otro, gachas las cabezas. Palmoteo el cuello de mi alazán, pero el animal no se da por aludido. Sin embargo, permanece con los ojos abiertos.

–¿Qué les pasa a los animales? –pregunto–. Parecen atontados.

L, con agilidad, trepa a la montura.

–Tendrán sueño. Vamos: ya es hora de almorzar. ¡Va a conocer usted la cocina automática!

Partimos al trote.

—Tan interesante y práctica como la máquina que enseña idiomas. Obedece instrucciones verbales. Basta con solicitar el menú deseado, para que comience a trabajar.

—¿Cómo es eso?

—Por medio de un micrófono, usted pide el guiso o los guisos que desea. Pasados algunos minutos aparecen los platos servidos y aderezados. El ciclo se completa con el lavado de la loza y la cuchillería.

—Pero eso tiene que resultar muy caro.

—Detrás de la cortina de hierro, los términos “caro” y “barato” se encuentran en completa extinción. Se les ha reemplazado por los conceptos “útil” e “inútil”. Además estas máquinas han sustituido a la servidumbre doméstica.

—¿Y la limpieza? ¿Hay autómatas que aspiran el polvo, barren y sacan brillo al piso?

—No es necesario. Las casas han sido construidas con materiales que se mantienen limpios a sí mismos. Y ello gracias a los plásticos con que están hechas.

De súbito se me ocurre que L se ha puesto demasiado comunicativo. Siento una pequeña inquietud. El polaco siempre habla y hace las cosas movido por alguna razón. Toda la mañana ha estado cerrado como ostra, por lo menos desde que empezamos el paseo.

—¿Qué ha obtenido nuestra industria? Algo increíble: un plástico que respira.

¿Cómo empezó? Por la cocina automática. No, fue porque se aproximaba la hora de almuerzo.

—Periódicamente millones de poros microscópicos se abren en las paredes, el techo y el piso, y aspiran profundamente.

El polvo penetra a través del tejido plástico y es conducido por un sistema de tubos —que podría compararse al tejido vascular del organismo humano— al crematorio central. Junto a los orificios de succión existen orificios de exudación, por los cuales sale un detergente que, luego de limpiar un sector, es reabsorbido y llevado otra vez a su lugar de origen para su purificación. Aspiradoras laterales situadas a ras de tierra dan cuenta de los desperdicios de mayor tamaño. Como todo esto funciona constantemente, las casas se ven limpias y lustrosas.

Llegamos a las caballerizas. Mi alazán parece muy cansado. Absorto con la fantástica disertación de L, apenas había reparado en el agotamiento de la bestia. Entonces, bruscamente, un punto se aclara: minutos antes, a orillas del lago, yo reparé en que a las cabalgaduras les ocurría algo. Y ahí fue donde L me endilgó su conferencia.

—L... —La remota campanada, como si surgiera del aire que nos envuelve, interrumpe mi pregunta. El sobrenatural sonido queda vibrando en el espacio y se desvanece lento.

El mismo paisaje se ensombrece con el ruido. En la clínica, silenciosa, aquel sonido parecía de acuerdo con el tono del lugar. Pero aquí... Es como si una inteligencia quisiera destruir el encantamiento del panorama. Permanezco escuchando sus últimos sonos, mientras L desensilla los animales, sin darse por aludido del fenómeno. Reparo, asimismo, en otro detalle: los caballos tampoco han reaccionado.

L se dirige a mi encuentro.

—Suenan raro el reloj aquí, ¿no es cierto? Estamos muy lejos del lugar donde se encuentra. Pero un sistema de retransmisores permite que su alcance se extienda a gran distancia. Su radio de acción es susceptible de prolongarse aún más.

–¿Con qué objeto?

–Para que todos los habitantes del país conozcan la hora exacta, controlada por los observatorios, cualquiera sea el lugar en donde estén –dicho lo cual añade con naturalidad–: ¡Vamos a disponer el almuerzo! ¿Qué le gustaría comer?

Subíamos la escalera de la terraza.

–L, ¿por qué los caballos no se espantaron con la campanada?

–Su pregunta revela poco espíritu de observación. ¡Los caballos son polacos y hace muchos años que están oyendo la campanada! Hasta los animales se acostumbran a todo, por insólito que parezca.

¿Cómo no se me ocurrió? ¡Son tantos los detalles desconcertantes de Polonia! Cuando uno atraviesa por un período de confusión mental, hasta la perogrullada más grande se nos antoja cosa de magia. Cada día que transcurre se acentúa en mi ánimo la interrogante: ¿qué me espera...?

El clima y el paisaje contribuyeron a mejorar mi estado de ánimo. No así L, cuyo carácter me tiene más y más intrigado. O me he convertido en un idiota o el polaco es demasiado inteligente para mí.

En la tarde nos instalamos en la terraza a contemplar la puesta de sol. Se tiñó de rojo el cielo. No desaparecían los últimos resplandores del día, cuando las estrellas empezaron a brillar.

Millones de lejanos soles: no son los mismos que me alumbraron en Chile. Señaló L las principales constelaciones del hemisferio boreal: la Osa Mayor y la Osa Menor, esta última con su estrella polar.

–¿Habrán otros planetas habitados? –pregunto, ensimismado en la contemplación de los astros.

–Es lo más probable. Deben existir millones.

–¿Y cree que los hombres podrán salir algún día de la Tierra?

–¿Por qué no? Es cuestión de entrenamiento.

Porque son muchos los vínculos que ligan al hombre con su planeta, prosigue L. Nuestra psiquis está determinada en gran parte por factores telúricos. El hombre ha sido acondicionado por la naturaleza para habitar un planeta de cierta masa, velocidad orbital, magnetismo, etc. Sin un adiestramiento previo un viaje interplanetario podría provocar en el ser humano un trauma similar al del nacimiento. Porque el hombre es débil en extremo: para vivir en distintos lugares de su planeta, necesita, muchas veces, de una aclimatación.

–Pero, primero, el hombre debe conocer su planeta.

Los conocimientos humanos sobre la Tierra se reducen, en forma superficial, a las partes visibles de los continentes. Respecto al fondo de los océanos, se sabe muy poco. Y mucho menos en cuanto a lo que hay bajo la superficie terrestre. Valiéndose de grutas y cavernas naturales, el hombre ha descendido hasta una profundidad de un kilómetro, aproximadamente, porque carece de los elementos mecánicos apropiados para estudiar la subtierra. En una esfera de 12,74 metros de diámetro, donde un kilómetro equivaliese

a un metro, significaría que el hombre ha bajado un milímetro bajo la superficie de dicha esfera. Esto es, necesitaría perforar un agujero de doce mil setecientas cuarenta veces esa longitud para atravesar el globo terráqueo de parte a parte.

¿Por qué se sabe tanto de las estrellas y de los planetas? Porque los ha tenido a la vista desde que el primer hombre miró el cielo hace algunos cientos de miles de años. En la práctica, la técnica de la astronomía ha nacido por sí misma: se trataba únicamente de prolongar el alcance de los ojos. Pero la corteza terrestre es impenetrable para los sentidos. Miles de kilómetros de tierra y granito esconden los secretos del planeta. Tal vez en la actualidad las fuerzas plutónicas preparan un cambio de maquillaje en su cara, como sería el hundimiento de los continentes y la aparición de otros. Y el hombre ni lo sospecha.

—No es mi intención demostrarle la ignorancia del hombre, X. Quiero que usted comprenda las razones y trascendencia de ciertos estudios efectuados en Polonia.

Es indispensable averiguar, insiste L, cuáles son los verdaderos nexos que unen al hombre con su planeta. En último término, tales vínculos son los que le permiten existir. Esas raíces, invisibles pero presentes, lo conectan al corazón de la Tierra: quizá de allí fluye la energía que le hace moverse, ambicionar y sufrir. Desconociéndolos, los viajes interplanetarios prolongados podrían acarrear la aparición de nuevos tipos de muerte.

Repentinamente L calla. ¿Estarán sus palabras relacionadas de alguna manera con mi destino?

Espero con cierta angustia el porvenir. Todo cuanto me sucede es increíble, por no decir absurdo. Para comenzar: mi actual personalidad. Escasos son mis conocimientos de psicología, y difícil me sería, por lo tanto, encontrar una razonable explicación a las anormalidades que me noto. Es como si el narcótico, o cualquier otro agente desconocido, hubiese desconectado dentro de mí los medios que me dan acceso a la realidad. No es la sensación de estar viviendo acontecimientos sobrenaturales, aunque algo de eso tiene. Es, más bien, la convicción de experimentar emociones nuevas. Y no por el hecho de haber sido trasplantado sorpresivamente a otra nación. Por exótico que sea un nuevo ambiente, desde el momento que pertenece al mundo material, cuanto nos rodea es percibido por los mismos elementos de percepción que utilizábamos en el nuestro.

Desperté, a la mañana siguiente, en un lugar distinto. El mar se encuentra próximo: oigo el ruido de la resaca. La luz del amanecer invade el dormitorio por una ancha ventana. Los materiales de construcción son los mismos plásticos que viera tanto en el refugio como en la clínica.

Desde mi cama se divisan grandes dunas de arena roja, y, más allá, el océano. Todo ello iluminado por una claridad que tal vez sea de origen lunar, aunque más poderosa e intermitente. La visión me mueve a saltar del lecho y pegar la nariz al vidrio. La intensidad de la luz, luego de cada período de descenso, aumenta en el próximo. Es una especie de oleaje cuya mínima luminosidad es comparable a un crepúsculo avanzado y la máxima al de un amanecer vecino a la salida del sol.

La luz se impone rápida. Transcurren varios minutos durante los cuales las dunas y el mar cambian de coloración debido al parpadeo. A veces, las primeras adquieren una tonalidad roja subida, y el agua un tinte azul oscuro, para luego degradar a un rojo ladrillo y a un verdemar reluciente. Los períodos se acortan: adquieren una frecuencia cada vez más veloz. Por último, una luz brillante se esparce de manera uniforme por el cielo. Sin embargo, tiene algo de especial.

Intrigado, parto en busca de una puerta para salir. Al aproximarme al muro de la derecha, un paño de aquel se recoge, quedando de este modo un amplio vano. Por otra puerta salgo a una terraza opuesta al mar.

Ante mis ojos se extienden redondeadas colinas y bosques que comienzan a menos de doscientos metros, dejando de por medio una franja de césped. De nuevo, me choca la originalidad del territorio. Semeja un escenario artificial, y no el producto de las fuerzas naturales. Como si un jardinero ciclópeo hubiese trabajado durante siglos en hermostrar la inmensa comarca. Y es su inmensidad la que me saca del embobamiento. ¡Toda ella ofrece ese aspecto ficticio! Cientos y cientos de kilómetros, hasta lontananza, en donde las nubes se unen en una faja vaporosa que interrumpe el panorama.

La luz, al difundirse a través de la capa de nubes, quita relieve al panorama. Los cuerpos no proyectan sombras, a pesar de que la claridad es tan intensa como la luz neónica. Bajo de la terraza, avanzo por el pastizal y, rodeando la construcción por la izquierda, me dirijo a la playa. Segundos después mis pasos se graban en la arena roja. A mis espaldas queda el edificio. Es de un solo piso y demasiado grande para ser una residencia particular. Pronto comienzo a trepar por los faldeos de una duna gigante. La arena, compacta, me permite caminar sin hundirme. Sopla una brisa vivificante, que aspiro a bocanadas. Llego a la cumbre del montículo, desde donde el panorama se amplía aún más.

Al frente, a cien metros, el mar; las olas van a morir en una playa de líneas regulares. A derecha e izquierda de aquella la costa se eleva varios metros sobre el nivel del agua, revelando la existencia de un acantilado. Vuelven a presentarse los inusitados detalles de la región. Dos son los que se destacan: el primero, que el horizonte se encuentra muy arriba en los cuatro puntos cardinales. Detrás de la casa, a mis espaldas, la sucesión de lomas boscosas ascienden en una suave pendiente hasta unirse con el cielo, sin que dicho efecto lo produzca la existencia de lejanas cordilleras. A diestra y siniestra la costa, salpicada de dunas y de rocas, también se curva hacia arriba en las proximidades de lontananza. A su vez, el océano desaparece a corta distancia; a pesar de ello, muestra una superficie ligeramente cóncava.

Me pongo nervioso. El segundo detalle es el aspecto del cielo: las nubes parecen estar más próximas a la tierra, directamente sobre mi cabeza. ¿Será un efecto provocado por la luz difusa, o un fenómeno meteorológico desconocido?

Un ruido de pasos a mis espaldas me distrae. Es L que llega impasible. Lanzo un suspiro de alivio.

—Madrugó usted —me dice, tranquilo.

—L... —no disimulo mi nerviosidad—. ¿Ve usted el cielo combado, y el horizonte tan alto como lo veo yo? ¿A qué se debe?

—Haga trabajar su imaginación. ¿Qué efecto inmediato le produce la altura del horizonte?

—El de hallarme en un bajo.

—¿Nada más?

Lanzo otra mirada en derredor. La luz ha aumentado, y junto con ello suben los bordes de la concavidad, hasta integrar una sola línea con las nubes. En el horizonte terrestre los detalles se reducen a proporciones microscópicas, como si se hallaran en la parte más alta de una ladera que, comenzando en nuestras vecindades, asciende en forma regular, como las paredes interiores de un hemisferio.

—Si usted llegase a un planeta como Júpiter o Saturno, por ejemplo, observaría un fenómeno similar. La extensión de esos astros le haría ver muy arriba el horizonte. Pero no estamos en Júpiter ni en Saturno. ¡Nos encontramos en la Tierra! —fulguran sus ojos al proseguir—: ¿Qué otra explicación se le ocurre?

—¿Hasta cuándo va a seguir con sus misterios? —me invade una oleada de rabia—. Usted sabe, mejor que nadie, que no estoy aquí por mi propia voluntad. ¡Me revientan los enigmas! ¿Entiende?

—¡Cálmese, X! Le aseguro que no he tratado de hacerme el misterioso. Pero para que usted pueda desempeñar su nuevo papel, es indispensable ponerlo al tanto de ciertos secretos que pocos conocen. A eso se debe que haya tenido que ir dosificando lo que usted necesita aprender. No solo tendrá que desarrollar sus actividades en un país nuevo, sino que dichas actividades nada en común tienen con su vida anterior.

¿Vida anterior? ¿Qué quiere decirme L? ¿Estoy entonces en el otro mundo? Temblosamente, pregunto:

—L... Dígame la verdad. ¿Estamos en el mundo de los vivos...?

L me observa sin contestar. Y al mirar el paisaje se me presenta, bruscamente, en toda su anormalidad. Esa arena rojiza; aquellas dunas mórbidas; las colinas de aspecto artificial, y aquel mar que parece doblarse hacia arriba... ¿Pertencen al mundo de la realidad? Afirmando los pies en la arena: sin duda, es material. La brisa también. Y el ruido del oleaje, a pesar de cierta lejana resonancia, se asemeja al de otros oleajes. Me agacho y tomo un puñado de arena. ¡Es arena también! Posee su misma consistencia, aunque su grano es casi impalpable. Solo el color es diferente. La dejo escurrir entre mis dedos.

L se aleja unos pasos y se sienta en el borde de la duna. Sus piernas resbalan por la roja pendiente.

Luego, lentamente, se da vuelta.

—Nos encontramos a cientos de kilómetros bajo la superficie terrestre. A eso se deben las rarezas que usted ha observado...

V

Me quedo mirando a L, los ojos muy abiertos. Con un pequeño vértigo, me dejo caer a su lado.

–¿Un mundo subterráneo? ¿Cómo llegamos aquí?

–Como de costumbre, lo trasladamos mientras dormía. Instrucciones superiores. No lo hemos traído con métodos brujos, sino por un sistema que conocerá más adelante.

–¡Un mundo subterráneo! –repito, aplastado por la noticia–. ¡Es lo más extraordinario que he oído! En una novela de aventuras leí una vez la historia de un viaje al centro de la Tierra. ¡Una novela de Julio Verne! ¿La leyó usted?

Me pongo de pie. De golpe despierto en el mundo fabuloso, transfigurado el rostro, como un niño que oye hablar de países legendarios. ¡Cientos de kilómetros bajo tierra! Y hay luz: una luz fantasmagórica, pero que alumbra a la perfección.

–Sí. Pero no recuerdo qué decía –L se refiere a la novela.

–Una caverna, grande como un país, con un mar, iluminado por un fenómeno eléctrico o algo así.

–¡Ah! Esto no es una caverna, propiamente. Algo tiene de eso, pero con ese concepto no podría explicarse qué es.

Apenas escucho las palabras de L.

–¿Esto se encuentra debajo de Polonia?

–En parte, sí. Se extiende bajo varios países. Es muy grande.

–¿Y la luz? ¿De dónde proviene?

–La atmósfera es luminosa, igual que la del mundo de Verne. Equivale a la luz del sol en cuanto a sus propiedades, pero es más suave.

–¿Y dónde quedan las paredes de esta gruta?

–No es una gruta, simplemente. Imagine la superficie interior de un casquete esférico, siendo la esfera a la cual pertenece dicho casquete, la Tierra. ¿Comprende? O sea, el suelo que pisamos corresponde a la cara interna del globo terrestre.

–¡Espérese! No entiendo bien. ¿Me quiere decir que estamos cabeza abajo con respecto a los de la superficie?

–¡Exacto! No se nota, ¿verdad? No tiene nada de extraño, porque el concepto “arriba” o “abajo” deriva de donde proviene la atracción gravitacional. Como la gravedad depende de la masa, aquella actúa atrayendo los cuerpos tanto hacia la cara externa como interna del globo terrestre.

–¡Pero para eso la Tierra tendría que ser una esfera hueca!

–No se trata del hecho que “tendría que ser”. Es hueca –puntualiza L con voz suave, la mirada perdida en el mar–. Días atrás le dije que habíamos hecho grandes descubrimientos relacionados con el interior de nuestro planeta. Este es uno: descubrimos que la Tierra es una esfera hueca, con una corteza relativamente delgada en comparación con su radio.

Se acentúa el vértigo. Mi cabeza es un remolino de ideas fantásticas.

–¿Quiere decir que si el cielo no estuviese nublado veríamos sobre nuestras cabezas mares y continentes?

–Algo así sucede, pero no porque esta esfera se encuentre vacía. A una distancia de mil kilómetros –L señala el cielo–, hay otro planeta que gravita en el interior del primero. Es una especie de caverna: su piso lo forma la superficie interna de la Tierra, y su techo, el planeta interior, que es lo bastante grande como para llenar el hueco.

—¿Y cómo se sostiene la corteza para no caer sobre el otro mundo? Mil kilómetros de distancia es inferior a la altura a que gira el Sputnik.

Se pone de pie y se sacude la arena. Ensimismado, le imito. Parte hacia el edificio, descendiendo por la pendiente arenosa. Huellas alargadas se forman en el polvo rojo, que se desgrana en un fino alud hacia el interior de la pisada.

—La distancia es pequeña, al considerar el diámetro de la Tierra: doce mil setecientos cuarenta kilómetros. Como la corteza terrestre tiene un espesor regular, y es atraída con una fuerza uniforme hacia el núcleo central, el planeta interior flota libremente dentro de aquella, manteniéndose siempre a la misma distancia de mil kilómetros.

Vamos llegando a la construcción. A través de un ventanal entreveo paredes de colores brillantes y rostros. ¡Sí, rostros de personas! Aquel descubrimiento me distrae de las revelaciones de L. Hace tiempo que solo veo la cara de L y, en dos ocasiones, la de D.

—L —le interrumpo—. ¿Hay más gente aquí?

Sí. Estamos en un lugar de veraneo. Aquí hay un casino donde desayunaremos —y me advierte —: No debe hablar con la gente de aquí. Todos son muy sagaces, incluso las mujeres...

Hay tres parejas instaladas en otras tantas mesas, y una cuarta ocupada por dos mujeres. Jóvenes y hermosas.

Avanza L sin saludar a nadie. Los otros, a su vez, nos dedican distraídas miradas, a excepción de las mujeres, que nos escrutan por breves instantes. Nos instalamos en una mesa vecina al ventanal.

Advierto que las muchachas, después de habernos sentado, prosiguen su conversación.

Un carrito se aproxima silencioso a nuestra mesa. Sobre él hay tazas y platillos. Al llegar junto a nosotros se detiene. Con rapidez, al ver mi cara de sorpresa, L me explica que es un mozo automático.

Echo una nueva ojeada a las jóvenes. Colijo que son altas. Una de ellas mira con el rabillo del ojo.

Sonríe.

—¿Estarán solas? —pregunto, indicando a las dos.

—Ya tendrá oportunidad de trabar amistad con ellas.

Desaliento.

—¿Solteras?

—Todas son solteras. Nuestro régimen prohíbe el matrimonio.

—¡Ah! —Y empiezo a tomar mi desayuno.

Ambas muchachas se levantan y atraviesan la sala; se dirigen a la terraza. Usan vestidos ajustados, translúcidos. Caminan con gracia.

—Nuestras mujeres —comenta el polaco— son cada vez más hermosas y femeninas; nuestros hombres, día a día más fuertes y masculinos. A mayor diferenciación, mayores son las perspectivas de engrandecer la colectividad. ¡Nuestro sistema ha suprimido los complejos de inferioridad! Usted no verá mujeres feas ni hombres enclenques. La raza polaca progresa día a día.

Las jóvenes caminan rumbo a la playa. Desaparecen tras una duna.

L habla de su raza. Dentro del régimen, la castidad es bien mirada. Se ha descubierto que estimula determinadas percepciones psíquicas, importantísimas en la ciencia.

Otra pareja parte a la playa. L se pone de pie y me invita a salir. No iremos hacia el mar. Echo una melancólica ojeada al arenal: su belleza se me antoja deprimente. Las nubes deben haberse disipado: una luminosidad brillante se esparce sobre el lugar. Cada detalle refulge con colores propios. La falta de relieve se compensa por la variedad de matices, todos definidos, aunque de una tonalidad crepuscular. Colinas cubiertas de césped y densos bosques, con cumbres azulinas, se extienden subiendo hacia lontananza. Allá, una franja de neblina separa la tierra del cielo. Una brisa tibia, algo enervante, sopla sobre mi cara. Proviene de los cerros, salpicados de flores, y acarrea olor a tierra húmeda y a vegetación. Levanto los ojos.

Un colosal mapamundi flota en el espacio. Una esfera que abarca todo el cielo, con sus detalles nítidos y en relieve. Retrocedo, fascinado. Simétricos canales, playas, lagos y ríos. Grandes continentes con zonas verdes y marrones. Creo notar que el cielo oscila, que de un momento a otro se precipitará sobre mí con su mole multicolor: me dejo caer en el pasto, sin poder separar los ojos del otro mundo.

—¿Y esto es obra de la naturaleza? Una esfera hueca...

La naturaleza es amiga de las formas redondas, puntualiza L. Todos los planetas son esferas casi perfectas. ¿Por qué no habrían de ser huecas? Observo el techo: no se apoya en columnas ni en murallas. Podría caerse y aplastarnos como hormigas. Pero no. Somos nosotros los que estamos cabeza abajo. Cierro los ojos, tratando de eludir el vértigo.

—¿Vive gente allí?

Por toda respuesta saca un binocular y me lo alarga.

—Mire allí donde los canales se juntan, al lado de la zona amarilla.

Siguiendo las instrucciones de L enfoco el canal. ¡Una vasta extensión de agua, con un oleaje oceánico, se precipita sobre mí! Es tan vívida la sensación, que suelto los anteojos y me echo para atrás.

—¿Qué le pasa? Continúe. Acuérdesse que será un vigía. Todo cuanto ve nada tiene de sobrenatural. La gravedad actúa sobre la cara interna de la Tierra y llega hasta la mitad del espacio que nos separa del segundo planeta; después, actúa su fuerza de atracción. Es decir, si estuviéramos allá, veríamos estos territorios sobre nuestras cabezas. Mire de nuevo.

Existirán leyes que explican todo, pero la realidad es una: en el cielo hay playas, continentes de contornos simétricos y espesas selvas. Paulatinamente me dejo fascinar por la maravilla. Recorro el nuevo mundo hasta llegar a una playa. Los techos de una población se proyectan hacia mí: sus calles, sus jardines, una plaza central y hombres. ¡Sí, gente que camina cabeza abajo, como moscas en el techo! Hombres y mujeres entran y salen de las casas sin percatarse de “su” precaria posición. Tal es la potencia del prismático que, a pesar de los mil kilómetros de distancia, las figuras están al alcance de mi mano. Sigo mirando: desfilan regiones cubiertas de nubes, que se desplazan con suavidad. Hasta ese instante, mi atención estuvo concentrada en los territorios más próximos, o sea, en la parte inferior del hemisferio. Desvío el binocular hacia la zona

donde la superficie de nuestro planeta, en franca ascensión, se une al techo en una franja brumosa.

—¿Es idea mía o “eso” se mueve muy rápido?

—Así parece. Pero lo que ocurre es que ambos planetas giran en sentido opuesto en torno a un eje común. De lo contrario no notaríamos ningún movimiento.

—¿Y se puede ir hasta allá? —en mi ofuscación, me había olvidado del pueblo recién visto.

—Fácilmente, X. ¡Pronto haremos el viaje! Y usted disfrutará de una emoción única: hacer un viaje interplanetario sin salir de la Tierra.

Lo miro incrédulo.

—¿Significa que ustedes controlan ambos planetas?

Asiente.

—¡Dos mundos! Es un territorio inmenso.

Casi el doble de la Tierra. La región es fértil y rica en minerales de toda clase. Y la luz posee cualidades superiores a la del sol en muchos aspectos. La atmósfera es de una composición especial: emanaciones desconocidas la saturan. Aquí se vive en las entrañas de la Madre, como el niño que crece y se desarrolla en el vientre materno, rodeado de óptimas condiciones. La naturaleza se ha esmerado en dotar a la subtierra de toda clase de cualidades, con las cuales suple ventajosamente las condiciones de la superficie externa.

Absorto en la contemplación del cielo, escucho sus palabras como algo lejano. Más allá de la atmósfera, hay un vacío sin meteoritos ni rayos cósmicos. Otras fuerzas actúan en él. Energías vitales, que simplifican las actividades humanas. Por mucho rato me quedo en silencio, recorriendo el techo con el prismático, atestada la mente con un millar de interrogantes. Habría podido permanecer así durante horas, la cabeza hundida en el pasto, sumergido en un éxtasis, gozando de la vertiginosa emoción de contemplar un mundo al revés.

—¿Sabe, L? ¡Cualquiera supondría que un mundo subterráneo es en todo opuesto al otro! Oscuro, habitado por seres sombríos, por una forma de vida distinta. ¿No encuentra extraño que, habiendo tanto espacio disponible, la naturaleza haya construido estos mundos? ¿Con qué objeto?

La naturaleza prefiere determinadas formas, simplemente. ¿Quién sabe si existen otros planetas con las mismas características? Y en cuanto a que la naturaleza se repite, es un hecho. Basta mirar los millones y millones de estrellas: son idénticas en su forma y composición. De existir otros sistemas planetarios, deberán ser iguales al nuestro, en cuanto a funcionamiento: alrededor del astro de mayor magnitud giran los de masa inferior. La naturaleza se repite, pero siempre con una pequeña variación.

—Claro que no es tan natural que digamos —continúo—. Es muy simétrico, como hecho a mano. Por ejemplo, esos mares en forma de canales. ¿Marte es el planeta de los canales?

—Sí, Marte. Pero esas son teorías: pueden ser una ilusión óptica, como muchos creen. En cambio, esos canales existen. Y como usted dice, son tan simétricos que no parecen obra de la naturaleza [...]